

Mas entonces Moyses rogó al Señor y aplacó su ira diciéndole:
—¿Por qué se enoja tu saña contra tu pueblo, que sacaste de la
tierra de Egipto?

Y el Señor oyó á Moyses; y el pueblo fué perdonado.
Así nosotros, compatriotas, podemos aplacar la indignacion del
primer héroe de nuestra independencian, del primer mártir de nues-
tra libertad, diciéndole con la ingenuidad y confianza de hijos lea-
les: Pecó tu pueblo, el pueblo que sacaste de la servidumbre de
la España.

Empero tu memoria inextinguible cae como un bautismo de re-
dencion, sobre las culpas civiles del pueblo á quien hiciste libre.
¡Gloria, pues, á Hidalgo!

¡Gloria á sus ilustres compañeros de gloria y de martirio, ¡Alca-
de, Aldama y Abasola!

¡Gloria á la heroína Josefá Ortiz, á esa joya de nuestra ciudad
queretana, á esa estrella de nuestro cielo, cuyo esforzado pecho
anticipó desde nuestra Querétaro, el grande acontecimiento que en
este momento celebramos.

¡Gloria, lauro merecido á esa grande mártir y heroica mujer,
porque ella, prudente como Dido la fundadora de Cartago; inde-
pendiente y libre como la doncella romana Clelia; tierna á la par
que altiva como la inmortal Cornelia, madre de los Gracos; elpa,
con entusiasta y noble aliento, hizo de una común y oscura noche,
que se habria hundido silenciosa en el abismo de los tiempos, una
noche esplendente; una noche de gloria; una noche escrita en un
del cielo, sobre las páginas de oro de nuestra independencian!

¡Gloria, repito, á la heroína Josefá Ortiz, porque sin ella no
existiria el glorioso aniversario de la noche del **QUINCE DE SE-
TIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS DIEZ.**

En el futuro un baluarte

EL 15 DE SETIEMBRE DE 1878.

AL PUEBLO QUERETANO

Si mi lengua entorpecida
Hoy con gusto viene á hablarte,
No juzgues, pueblo, que el arte,
Deje una historia concluida
Que pudiera yo legarte.

Yo no tengo inspiracion:
Sino solo sentimiento:
Te abriré mi corazon,
Que él palpita de contento
Al hacer esta ovacion.

De Hidalgo las proesas hoy
Celebramos con ardor,
Porque es innato el amor
Que el país de donde soy
Le tiene á ese hombre — Valor!

Por eso del Héroe fuerte
No me ocuparé en hablarte,
Que quiero ahora desatarte
Una idea para ponerte
En el futuro un baluarte

EER

No es ya tiempo de la guerra,
Ni de las sangrientas lides,
En esta bendita tierra.....
Quiero pueblo que te cuides,
Que el porvenir no se cierra.

Tienes por Dios regalado
Un país de bendición,
En donde el invierno helado
Jamás su huella ha dejado
De luto y desolación.

Una eterna primavera
En el campo con sus flores,
Un ave siempre parlera,
Los pintados ruiseñores,
Perfumes en la pradera.

El astro rey te ilumina
Sin que su fuego te abraze;
Una luna diamantina
Que en mil rayos se deshace
Sobre esta tierra divina.

Es su bello firmamento
Siempre de un azul hermoso,
Y hasta el celaje es precioso,
Porque es tan suave su viento
Que jamás sopla furioso.

Tiempo es ya de que esto veas
Y olvides tu antiguo ser,
Que no se inflamen las teas
Que te han hecho padecer,
Y que desde hoy feliz seas,

Deja el campo de la guerra
Y hallarás ocupación.
Que pasó ya en esta tierra,
La lucha que solo encierra
Miseria y desolación.

Ya que Hidalgo con su idea,
Te dió sacra libertad,
Procura que el germen sea,
No de la indolencia fea
Y sí de fraternidad.

En el hombre vé un hermanío
A quien no has de causar mal:
Que un precepto soberano
Aborrece al inhumano
Que en otro no ve á su igual.

Has con todos los demás
Lo que para tí quisieres:
Y en cambio de esto hallarás,
En tu conciencia la paz
Como fuente de placeres.

Recuerda que hay una ley
Que tu libertad proclama,
Y que te aleja de un rey
Que manciando tu fama
De tus hijos formó grey.

Recuerda que allí te queda
 Reconocido un derecho,
 Que nadie vejarte pueda,
 Porque quiere sean un hecho
 Las garantías que concede.

Libre ya desde el nacer,
 En tu enseñanza lo eres,
 ¿Para el trabajo la quieres?
 Nada nuevo has menester,
 Si útil é industrioso fueres.

Nadie te puede obligar
 A un trabajo rudo y fuerte,
 Sin antes estipular
 El jornal que ha de darte,
 Y tu aquiescencia grangear.

Ya tu libre pensamiento
 No tiene traba imprudente,
 ¿Pero la moral? ¡detente!
 Que la ofenderá tu acento
 Si acaso fuere indecente.

Escribir puedes ahora
 Cuanto bueno te parezca;
 Pero sin pluma traidora
 Sin ofensa á quien merezca
 Respetos que ella atesora.

Tienes en fin garantías
 De una inmenza magnitud,
 Que alejan la esclavitud
 Y las vanas utopías
 Si en cambio tienes virtud.

No podrás nunca olvidar
 ¡Pueblo! que tienes deberes
 Tan sagrados que llenar,
 Que el sosten por ellos eres,
 Del que te ha de gobernar.

Así es que como memoria
 De aquel Héroe de Dolores,
 Consignemos en la historia,
 Que acabaron los rencores,
 Y alcanzaremos la gloria.

A cumplir con los deberes.
 Y será la mejor prueba
 Que diga: ¡México lleva
 A la tumba de sus Héroe
 Una ofrenda siempre nueva!

Antonio C. Hernández.

Tienes en las virtudes
De una inmensa magnitud
Que alienta la civilidad
Y las artes y ciencias
Si en campo tienes virtud

No podras nunca olvidar
Pueblo! que tienes deberes
Tan sagrados que llenan
Que el castor por ellos crece
Del que te ha de gobernar

Asi es que como memoria
De aquel Héroe de Dolores
Consignemos en la historia
Que acabaron los rencores
Y alcanzaremos la gloria

A cumplir con los deberes
Y ser la mejor prueba
Que digas: Méjico lleva
A la tumba de sus Héroe
Una ofrenda siempre nueva!

Antonio S. Hernandez

Quanto bueno te parezca
Para sin alguna tardanza
Sin ofensa a nadie
Respetar que es deber

de las semejanzas, no puede trasgredirse sin haberse digno de
expresión, y cuando se trata de los hombres todos
cuando se trata de los hombres todos

**DISCURSO CIVICO pronunciado en el Teatro
Iturbide la noche del 15 de Setiembre de 1878
por el C. Lic. Alfonso Septien.**

La civilidad, pues que en esta noche de investidura
errojo cuando sea una vida en el mundo
pues diciendo con dulces palabras
de todos los seres humanos, habiendo hecho el mundo
de los seres humanos que se refieren a la vida del hombre
falta, distribuyendo las riquezas que se reparten del comercio de
los seres humanos del mundo

SEÑOR PREFECTO: Adolgo los saludos a usted
Y viciado desde luego a mi patria
lugar en donde el hombre es el hombre

SEÑORES.—El hombre, ser sociable por su naturaleza, no
puede vivir sin la compañía de sus semejantes. El comercio
con ellos ilustra su inteligencia, ennoblece sus sentimientos y
hace dulces sus costumbres. Por esto se une a la mujer que eli-
ge por compañera de sus días, y funda la familia. Mas no bas-
tándose a sí misma esta pequeña sociedad para satisfacer todas
sus necesidades, entra en relaciones con las demás familias que
con ella tienen comunidad de sangre, de creencias religiosas, de
hábitos y de idioma. De esta manera se forman las naciones,
las cuales no pudiendo tampoco subsistir aisladas las unas de las
otras, por medio de solemnes tratados establecen las bases de la
amistad que debe estrecharlas, manteniendo así la union de todo
el género humano.

Constituido el hombre en el centro de estas sociedades obtiene
inapreciables ventajas; pero tambien contrae numerosos deberes,
ya se le considere en su carácter privado, ya revestido de la pú-
blica autoridad. Y como estos deberes tienen por objeto el bien

de sus semejantes, no puede trasgredirlos sin hacerse digno de represion.

¡Cuadro admirable el que presenta á todos los hombres unidos por los lazos de la fraternidad; pues en él se ofrece á la vista cuanto hay en lo terrestre de más bello y grandioso! La familia, la patria, la humanidad!

Permitidme, pues, que en esta noche de inolvidables recuerdos arroje aunque sea nada más un rápido vistazo sobre ese cuadro; pues diciendo cuán dulce es la patria, y cuán bella la sociedad de todos los seres humanos, habré hecho el más cumplido elogio de los claros varones que redimieron á México del poder de España, derribando las murallas que nos separaban del comercio de los demas pueblos del globo.

Y viniendo desde luego á mi asunto diré, que la patria es el lugar en donde el hombre escucha por vez primera el acento materno, en donde anida todos sus amores, en donde como sus días iluminados siempre por un mismo sol. En ella respira el aire del hogar paterno, se sienta con sus hijos al rededor de una mesa cubierta de las bendiciones de sus mayores, y con todos los suyos se agrupa al rededor del altar ante que ellos se prosternaron. Tierra imagen de la Providencia, vive rodeado de la sociedad de que es autor, la cual rige con suave cetro, severo por amor, largo en el dar sin esperar recompensa, pronto en concederle el perdón; en su rostro fulgura un destello de la magestad divina, y de sus labios brotan palabras de sabiduría. Con él comparte el mundo su tierna compaña. Como la de todas las madres, con raras excepciones, su frente es más pura que el azul del cielo; los resplandores del día menos brillantes que la candida luz de su alma; su corazón inerte cerrado rico de frutos y de perfumes; y en las palmas de sus manos, siempre abiertas al menesteroso, grabada la ley de la misericordia.

Mas no solo el hogar y sus santas alegrías hacen al hombre

amable su patria; todos los objetos que descubre su vista roban su afecto; y, aunque sean inertes, para él están dotados de un soplo de vida, y tienen ojos que ven, labios que hablan, manos que se agitan, corazón que late al impulso de la sangre. Las casas le presentan un semblante animado, y le hablan un lenguaje misterioso que despierta en su alma, evoca de los recuerdos, las torres se alzan como brazos señalando el cielo, é indicándole el lugar en donde moran seres para él queridos segados por la muerte; los árboles le parecen que le conocieron á sus antepasados y conversaron con ellos, y aun quisieran decirles: ¡oh vosotros, viejos amigos de mis mayores! habladme de ellos; referidme las historias íntimas de su hogar, describidme sus facciones con el murmullo de vuestras hojas imitad su voz para que mirando la escucha. ¿Y qué le dice el semblante de sus compatriotas? Cada rostro le parece un signo viviente del alfabeto, y todos forman un gran libro, en el cual lee las tiernas historias de su infancia, las de amor puro de la juventud y las de la fría vejez. Las hojas de este libro, brillantes unas, otras sombrías, son arrebatadas por el viento de la muerte, y jamás ve el hombre la última página; porque no puede contemplar la frente de los que lloran sobre su tumba.

Y en oposición á estos afectos cuán melancólicos son los que experimenta en un país extraño. Su cielo ¡qué opaco! sus campos ¡qué mustios! ¡qué solitarias sus calles! ¡qué silenciosas sus torres! ¡qué muertos semblantes! ¡qué frío en el hogar! ¡Qué estéril, qué triste la tierra extranjera!

Sin embargo, señores, no debía parecerle así; porque el hombre tiene por patria á todo el globo terráqueo. Patria sin fronteras; pues no la limitan ni la altura de las montañas, ni las olas del mar, ni los yelos de los polos, ni conquistador alguno ha clavado jamás su bandera en el suelo para señalarle términos; patria, por último, á la que solo pone confines el abismo en que flota.

Muchos millones de seres humanos, morando en este vasto territorio, destierran de los campos la soledad, é hinchen las ciudades poblándolas de ruidos, sin formar más que un solo pueblo, una familia sola. En el principio esta familia fué regida por Adán, y por Noé despues del diluvio; pero creciendo portentosamente el número de los individuos que la componian, se dispersaron en diversas direcciones, fundando sociedades gobernadas cada una con independencia de las otras. Empero por esta separacion no fué desgajado hasta su raíz el árbol genealógico de la humanidad; sino que, permaneciendo unido su robusto tronco, brotaron de él vástagos innumerables. ¡Árbol gigantesco plantado en las riberas del Eufrates, cuyas ramas se extienden por Africa y Europa, América y Oceanía!

En esta virtud, los moradores de todas las zonas, cualesquiera que sean el color de su rostro, su idioma y sus costumbres, constituyen una sociedad universal, mantenida por las tradiciones de su comun origen, la expectacion del cumplimiento de unas mismas promesas y los vínculos de la fraternidad.

Todos los miembros del género humano, en efecto, tienen profundamente grabado en su alma un mismo recuerdo de perdida ventura, y alientan con una misma esperanza de eterna dicha, conservando escritas en su corazon estas sencillas y admirables leyes: "ama á tu semejante como á tí mismo; no hagas á otro lo que no quisieras que contigo hiciesen."

Cuando el hombre, pues, reflexiona en esto, encuentra que la encina que se levanta á la entrada de su casa no puede cubrir con su sombra á toda su familia, y que aunque la muerta hiera á todos los suyos, sobrevivirán sus hermanos los demas hombres, y no quedará solo en el mundo, como la cruz que se alza á la orilla de un camino abandonado.

¡Institucion admirable cuyos cimientos trazó la mano del Omnipotente! Diversas razas, diversos caracteres; pero un mismo

origen en la sangre, y unos mismos afectos en el corazon; diversas costumbres, diversas leyes; pero unos mismos fines políticos y unos mismos preceptos naturales; diversos países, diversas naciones; pero una misma patria y una misma sociedad. ¡Un pueblo, una ley, un caudillo! ¡La humanidad, la ley natural. . . . Dios. . . .!

Mas habiendo sido establecida toda sociedad para el bien de los individuos que la forman, graves son los deberes con que éstos tienen que cumplir como hijos de su país natal y ciudadanos del mundo. Por causa del primer carácter, á semejanza del labrador que á los primeros albores de la mañana se levanta para arrojar el grano en el seno de la tierra, deposite cada uno en el corazon de sus hijos desde los tiernos años de su existencia la semilla de las buenas doctrinas religiosas y sociales. Esclavo de su palabra, sea tambien fiel observante de las leyes de la amistad. Llène las horas de su vida el desempeño de las obligaciones de su profesion, ya defendiendo á la virtud perseguida con todo el vigor de la palabra, ya disputando á la muerte sus victimas con todo el poder de la ciencia, ya redimiendo á las almas del crimen con todo el ardor de la caridad. Tribute á los gobernantes el debido respeto; no por el bajo temor del castigo, ni por la ruin esperanza del lucro; sino considerando que al hacerlo cumple con un deber, y que la autoridad no es de las potestades de la tierra, sino de Dios. Cuando el incendio invada los edificios, ábrase con arrojado camino entre las llamas, y salga, ardiendo sus vestidos, llevando en sus brazos el cuerpo del que estaba próximo á perecer. Sea su mano de hierro para blandir las armas contra el enemigo que deshonre con su planta el suelo de su país, y abrazando su bandera muera en medio del fragor de la pelea. En fin, si alguna vez se le hace depositario del poder público, recuerde que se le ha conferido para que haga el bien de sus conciudadanos, que la fuerza de los ejércitos desfallece sin el auxilio divino, y que solamente

haciendo imperar la justicia atraerá sobre sí las bendiciones de lo alto. Otros son los deberes que tiene que llenar como miembro de la gran familia humana. La ley natural le exige el respeto á la vida y á las propiedades de los hijos de los demás países, de fidelidad en el comercio en cuanto á la remision de frutos no adulterados ó á la satisfacion de su importe, la hospitalidad, en virtud de la cual debe hacer al extranjero un lugar en su mesa y darle una alcama bajo su techo, y otros semejantes á estos.

Tales son los principales deberes del hombre bajo los dos aspectos que acabamos de considerarle. El exacto cumplimiento de ellos bastaria para mantener á las sociedades en creciente prosperidad; pero como á veces son quebrantados, de aquí nacen el tumulto y aun la ruina de los intereses particulares, el publico trastorno, las guerras entre los hijos de un mismo país, y las de los unos con los otros pueblos.

De esta verdad dolorosa numerosos ejemplos presenta la historia, siendo demasiado conocidos de los mexicanos, pues hemos sufrido repetidas veces el azote de la guerra civil, y aun hoy mismo la conducta que respecto de nosotros observan unos vecinos ambiciosos nos está demostrando que no todas las naciones se rigen siempre por los principios de la justicia.

Más en tales casos, ya sea que un individuo ejerza violencia contra otro, ya que un pueblo vulnere los fueros de otro pueblo, para vengar la magestad hollada de la ley debe ensayarse con valerosa energía la reaccion del derecho contra la usurpacion, la reaccion de la fuerza contra la fuerza.

Por esto los mexicanos, si la voz de la justicia no logra hacerse escuchar, y esos vecinos llevan á ejecucion los planes de muerte que meditan, podremos obligarles á prestar á la ley que rige á la sociedad universal de los hombres el respeto que no saben voluntariamente tributarle.

Y hablo con esta franqueza; porque no pueden reprimirse los arranques del patriotismo indignado. Además, ¿no son ya públicos nuestros ultrajes? ¿No andan de lengua en lengua...? ¿No rebosan ya la medida de la paciencia y de la humillacion? Bueno que el gobierno guarde las heladas formas de la diplomacia; pero bueno tambien que un simple ciudadano desahogue por un momento su corazon delante de sus paisanos. ¡Aquí no hay naciones extranjeras...! ¡Aquí no hay más que hermanos...! ¡Aquí es el lugar de las expansiones del corazon! ¡Compatriotas! En los momentos en que los hijos de México levantan las manos al cielo, entonamos por toda la república himnos á la patria, quizá el enemigo extranjero invade nuestra frontera por la centésima vez. Este enemigo ha dicho: ¡Vamos, vamos á México! y sin necesidad de luchar; porque tendremos por contrario á un pueblo estragado, llevarémos en triunfo nuestra bandera hasta el centro del país...! ¡Vamos, vamos á México! y arranquemos el oro á las entrañas de su suelo, y cultivemos sus fércaces campos, y llenemos sus ciudades, y vivamos al amor de su clima, y hagámonos como señores de todo. ¡Esto ha dicho ese enemigo! Olvida indudablemente que en la Angostura le opusimos con nuestro pecho un muro inquebrantable, y que lo arrebatamos en el Molino del Rey, en Alvarado y Tabasco. Sin embargo, digamos tambien nosotros: ¡Vamos, vamos al encuentro de nuestro enemigo! ¡Que todo el mundo tome las armas del rincón de su casa, y con ellas al hombro marche á abrirse un lugar entre las filas de sus hermanos...! ¡Vamos, vamos al encuentro de nuestro enemigo! Y cuando estemos en el campo de batalla, nuestros pies se clavaron como rocas en el suelo, no nos cansaremos de blandir las armas; porque son robustos los brazos que defienden á la patria, ni temblarán nuestras peañas si es herida nuestra frente por la bayoneta del enemigo. ¡Y en medio del humo del combate y del pavoroso tronar de la artillería una exclamacion inmen-